

# DICASTERIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

MENSAJE PARA EL MES DE RAMADÁN E 'ID AL-FITR  
1445 E./ 2024 A.D.

*Cristianos y musulmanes:  
Extinguir el fuego de la guerra y encender la antorcha de la paz*

Ciudad del Vaticano

Queridos hermanos y hermanas musulmanes:

Una vez más os saludamos con motivo del mes de Ramadán con este mensaje de cercanía y amistad, conscientes de la importancia de este periodo para vuestro camino espiritual y para vuestra vida familiar y social, que abarca también a vuestros amigos y vecinos cristianos.

Nos alegra saber que nuestro Mensaje anual para el Ramadán es un importante medio para reforzar y construir buenas relaciones entre cristianos y musulmanes, gracias a su difusión a través de los medios de comunicación tradicionales y modernos, especialmente las redes sociales. Por esta razón, sería útil dar a conocer mejor este Mensaje en ambas comunidades.

Hubiera sido de nuestro agrado compartir con vosotros algunas consideraciones sobre un tema diferente del que hemos escogido, pero el creciente número de conflictos en nuestros días, que abarca tanto combates militares como enfrentamientos armados de diversa intensidad en los que participan Estados, organizaciones criminales, bandas armadas y civiles, es realmente alarmante. El Papa Francisco recientemente ha puesto de manifiesto que este aumento de hostilidades se está convirtiendo en "una tercera guerra mundial librada a pedazos", es decir, "un verdadero conflicto global".

Las causas de estos conflictos son muchas, algunas antiguas, otras más recientes. Junto con el perenne deseo humano de dominación, las ambiciones geopolíticas y los intereses económicos, una de las principales causas es sin duda la continua producción y el comercio de armas. Y, así, parte de la familia humana sufre gravemente los efectos devastadores del uso de estas armas en la guerra, mientras otros se regocijan cínicamente en el gran beneficio económico de este comercio inmoral. El Papa Francisco ha descrito esta cuestión como "mojar un trozo de pan en la sangre de nuestro hermano".

Al mismo tiempo, estamos agradecidos porque poseemos inmensos recursos humanos y religiosos para promover la paz. El deseo de paz y seguridad está profundamente arraigado en el alma de toda persona de buena voluntad, pues nadie puede dejar de ver los trágicos efectos de la guerra en la pérdida de vidas humanas, en la cantidad de heridos graves y la multitud de huérfanos y viudas. La destrucción de infraestructuras y otros bienes materiales hace que la vida se transforme en algo irremediabilmente difícil, cuando no imposible. A veces cientos de miles de personas se ven desplazadas en su propio país u obligados a huir a otros países como refugiados. En consecuencia, la condena y el rechazo de la guerra deben ser inequívocos: toda guerra es fratricida, inútil, sin sentido y oscura. En la guerra, todos pierden. Una vez más, con palabras del Papa Francisco afirmamos: "Ninguna guerra es santa, solo la paz es santa".

Todas las religiones, cada una a su manera, consideran la vida humana sagrada y por tanto, digna de respeto y protección. Afortunadamente, los Estados que permiten y practican la pena capital son cada vez menos. El redescubrimiento del respeto a la dignidad fundamental del don de la vida contribuirá a la convicción de que hay que rechazar la guerra y proteger la paz.

Aun con sus diferencias, las religiones reconocen la existencia y el importante papel de la conciencia. Formar las conciencias para que respeten el valor absoluto de la vida de toda persona y su derecho a la integridad física, a la seguridad y a una vida digna contribuirá igualmente a la condena y al rechazo de la guerra, de toda guerra y de todas las guerras.

Miramos al Todopoderoso como el Dios de la paz, la fuente de la paz, que ama de manera especial a todos aquellos que dedican su vida al servicio de la paz. Como tantas cosas, la paz es un don divino, pero, al mismo tiempo, fruto del esfuerzo humano, especialmente en la preparación de las condiciones necesarias para su establecimiento y preservación.

En cuanto creyentes, también somos testigos de la esperanza, tal y como recordábamos en nuestro Mensaje para el Ramadán del año 2021: *Cristianos y musulmanes: Testigos de la esperanza*. La esperanza puede simbolizarse con una vela, cuya luz irradia seguridad y alegría, mientras que el fuego, descontrolado, puede conducir a la destrucción de la fauna y la flora, las infraestructuras y la pérdida de vidas humanas.

Queridos hermanos y hermanas musulmanes, unámonos para apagar el fuego del odio de la violencia y la guerra, y encendamos en su lugar la dulce vela de la paz, aprovechando los recursos para la paz que están presentes en nuestras ricas tradiciones humanas y religiosas.

Que vuestro ayuno y las otras prácticas piadosas durante el Ramadán y la celebración del 'Id al-Fitr que lo concluye, os traigan abundantes frutos de paz, esperanza y alegría.

Vaticano, 11 de marzo de 2024

Miguel Ángel Cardenal Ayuso Guixot, MCCJ  
Prefecto

Mons. Indunil Kodithuwakku Janakartne Kankanamalage  
Secretario